

LAS RELACIONES INTERNAS DE LA POESÍA DE ANTONIO  
MACHADO CON EL REGENERACIONISMO Y LA FILOSOFÍA  
DE LA “INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA”

DOMINGO FERNÁNDEZ AGIS  
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Mi objetivo es abrir unas líneas de reflexión en torno al calado de las ideas institucionistas y regeneracionistas en la lírica machadiana. En tal dirección, una vez establecidos los fundamentos del entramado axiológico que sostiene la poesía de Machado, me extenderé en exponer con algún detalle el proyecto político que deriva de la filosofía de Francisco Giner de los Ríos y la interpretación y desarrollo que el poeta sevillano hace del mismo. Se explica también cómo Machado defiende una suerte de humanismo radical que, aun estando emparentado con las ideas fundamentales de la Institución Libre de Enseñanza, le encamina hacia otros derroteros. En este sentido, me detendré en exponer la forma en que su aproximación al socialismo le hará ver lo que de *abstracto* hay en la filosofía institucionista, sin que ello suponga renuncia alguna a los valores básicos de la misma.

ABSTRACT

My aim is to open a few lines of reflection around the fret of the ideas *institucionistas* and *regeneracionistas* in the poetry machadiana. In such a direction, once established the foundations of the values that supports Machado's poetry, I will spread in exposing with some detail the political project that derives from Francisco Giner's philosophy and the interpretation and development that the sevillian poet does of the same one. Is explained also how Machado defends a luck of radical humanism that, even being

related by the fundamental ideas of the Free Institution of Education, directs him towards other courses. In this respect, I will detain in exposing the form in which his approximation to the socialism will make him see what of abstract exists in the philosophy *institucionista*, without it supposes some resignation to the basic values of the same one.

¡Cuántos hombres honrados y hasta incorruptibles no habrían quizá llegado a serlo, de faltarles la poderosa ayuda del encarnizado afán de sus adversarios para hallar en su vida una mancha! ¡Bendita mil veces la divina ley que del mal saca el bien y lo trae por fuerza a servir y valer para encaminar a la Humanidad a su destino!

GINER DE LOS RÍOS, F.: *Educación y Enseñanza*.

“La corrupción del lenguaje público, del discurso institucional, falsifica todo el lenguaje. Sólo la palabra poética, que por el hecho de ser creadora lleva en su raíz la denuncia, restituye al lenguaje su verdad. He ahí uno de los ejes centrales de la función social (tan debatida y tan poco entendida entre nosotros) del arte: la restauración de un lenguaje comunitario deteriorado o corrupto, es decir, la posibilidad histórica de ‘dar un sentido más puro a las palabras de la tribu’”.

VALENTE, J.A.: *Las palabras de la tribu*.

..., pues la página escrita nunca recuerda todo lo que se intentado, sino lo poco que se ha conseguido.

MACHADO, A.: de su Prólogo a *Páginas escogidas*.

## 1 REFERENTES CULTURALES Y POLÍTICOS DE ANTONIO MACHADO

Entre los aledaños del 98 y el final de la Guerra Civil española, se sitúa lo fundamental de la trayectoria poética y vital de Antonio Machado. Una trayectoria que recorre, con el caminar lento y paciente del hombre que se sabe diminuta gota de agua en medio de un mar inmenso y tempestuoso, las sendas de la España más convulsa, y que se enmarca, en lo poético, entre “Está en la sala familiar, sombría,...”, palabras con las que arranca el pri-

mer poema de *Soledades*, y ...”Estos días azules y este sol de la infancia”, último verso que escribió en Colliure poco antes de su muerte. Así, pues, la vida y la obra del poeta, inseparables en su caso como en el de ningún otro, se sitúan precisamente entre los dos años, 1898 y 1939, que marcan las heridas más sangrantes y los surcos más profundos que se han producido en la vida y la cultura españolas en los dos últimos siglos. Aunque pueda considerarse tarea ociosa insistir en ello, no quisiera dejar de recalcar esta circunstancia histórica por el hondísimo significado que tiene en su vida y su trascendencia en la interpretación de la obra de Machado. Como ha escrito Gerald Brenan, “entre esta fecha –1898– y la de la proclamación de la República –1931–, se manifiesta en la historia de España un doble proceso. El principal y más aparente es la sucesiva desintegración de los diferentes elementos que constituían la vieja España: administración, ejército, Iglesia, clases sociales y vínculos entre las diferentes regiones, que, a falta de un plan común de vida, se vuelven unos contra otros e intentan, mutuamente, destruirse. El otro proceso, difícilmente perceptible a simple vista y nunca demasiado intenso, es un intento de recuperación que termina, no obstante, por elevar el nivel moral e intelectual del país y que, casi por primera vez desde 1680, da a España el derecho a ser considerada como parte –y una parte valiosa– de la Europa moderna”<sup>1</sup>.

En la nómina de quienes entregaron su vida a la tarea de conseguir una elevación sustantiva del nivel moral e intelectual de España, hay que contar a Machado. Pero el 98 no sólo ha de interpretarse como una fecha paradigmática por haber servido de punto de referencia a toda una generación de intelectuales preocupados por la regeneración de su patria, ni tampoco por el impacto que para la conciencia española supuso la pérdida de los últimos restos del imperio colonial. Tal como sostiene Tuñón de Lara, el 98 ha de entenderse más bien como el punto definitivo de “ruptura de la hegemonía ideológica del bloque oligárquico y no la cota cronológica de una generación literaria todavía mal definida, cuyos componentes, en su mayoría, eran todavía muy jóvenes”<sup>2</sup>.

Siguiendo a este mismo autor, “podemos tipificar varias direcciones entre las que van a hacer saltar la línea ‘ideológica’ defensiva de la España ‘tradicional’, frente a la que se alzarán un frente crítico cuyas instancias principales

están representadas por los regeneracionistas e institucionistas, la actitud combativa hacia el poder central adoptada por buena parte de la burguesía catalana, la progresiva expansión del movimiento obrero y la acentuación de la postura crítica de buena parte de la intelectualidad española<sup>3</sup>.

Hombre comprometido con las ideas pero receloso ante las doctrinas, no es fácil situar a Antonio Machado en el interior del cuadro trazado por Tuñón de Lara. Para empezar, el poeta dispone ya de un bagaje ideológico fundamental del que no se desprenderá nunca, pero se encuentra en ésta época en un período de definición estilística y temática. Sensible, por su condición y su educación, a lo que estaba ocurriendo en el país, se halla lejos sin embargo de encontrar el camino para conectar el ideario social que ha recibido mediante su formación, con sus inquietudes estéticas. Como es bien sabido, de ese encuentro entre el ideario social de Machado y su producción poética, a pesar de los atisbos que se apuntan en *Soledades* (1902), no quedará constancia en su lírica hasta 1912, cuando se publique la primera edición de *Campos de Castilla*. Sabemos, no obstante, que, además de las ideas institucionistas, Miguel de Unamuno, con sus *Ensayos en torno al casticismo* (1895) y sus artículos periodísticos en contra de la España tradicional<sup>4</sup>, capitaliza gran parte de su interés y sus inquietudes sociales. Por su parte, las ideas institucionistas, recogidas no sólo en sus años como alumno de la Institución Libre de Enseñanza, sino también en su propia casa a través de la directa influencia familiar, le sirvieron para huir del esteticismo ramplón al que le hubiese llevado la estética simbolista entonces dominante. En todo caso hay que dejar constancia de que *Soledades, galerías y otros poemas* (1907) es la obra en la que se define la “sentimentalidad” del poeta. Es cierto que existe una ruptura temática y una progresiva acentuación de los aspectos relativos a la crítica social a partir de su obra siguiente, *Campos de Castilla*, pero no lo es menos que las claves de una personal concepción de la lírica están en ese primer libro y se mantendrán constantes a lo largo de toda la obra machadiana. La vivencia del amor, la voz de la Naturaleza, la fugacidad del tiempo, la melancolía y la soledad son los ejes sobre los que giran esos versos y estarán presentes ya para siempre en la lírica de Machado.

Hay que decir, por otro lado, que aunque no pueda apreciarse aún con nitidez en *Soledades, galerías y otros poemas*, Machado ya está entonces preparado para asimilar y desarrollar poéticamente lo que, en palabras de

Tuñón de Lara, son las “líneas de fuerza” más características de “la ofensiva ‘ideológica’ del 98 contra los conceptos, representaciones y valores del bloque dominante”. Esto es, “la crítica del sistema socio-político, de los partidos de turno, del falso parlamentarismo, del caciquismo; denuncia de los ‘males nacionales’: horror al trabajo, ignorancia, hambre; soluciones elitistas, con cierta carga de arbitrarismo y negativa del protagonismo popular; en fin, demolición crítica de los valores ‘históricos’ exaltados por la ideología dominante”<sup>5</sup>.

En el plano específicamente cultural, es preciso hacer aquí un pequeño paréntesis para referirnos al hecho, significativo y premonitorio, del gran eco que tuvo en la época la polémica suscitada por el institucionista Gumersindo de Azcárate, con una serie de escritos concebidos alrededor de la idea de que la clausura de las fronteras culturales provocada por la Contrarreforma supuso el origen del secular atraso de la Ciencia y el Arte en nuestro país. En respuesta a las ideas defendidas por Azcárate, Marcelino Menéndez y Pelayo acude a las mismas páginas de la “Revista de España” donde Azcárate había publicado sus textos, con varios artículos en los que defiende los logros de la cultura española y sostiene el valor último de la ideología contrarreformista<sup>6</sup>.

La larga pervivencia de los ecos de la aludida polémica es un indicio de la presencia de ciertas líneas de continuidad entre el pensamiento institucionista y los intelectuales del 98, que no en todos los casos pueden apreciarse con claridad. Unas líneas que no siempre es fácil seguir, precisamente por lo arraigado y profundo que calaron en la intelectualidad española algunas de las tesis institucionistas. Algo semejante sucede con la propia obra de Francisco Giner de los Ríos. En este sentido, como ha defendido José Ángel Valente, puede decirse que Antonio Machado es quizá el escritor vinculado a la generación del 98, que permite rastrear de una forma más elocuente las líneas de continuidad entre las raíces culturales en las que se hundió su producción, su difícil presente y la situación actual. Es cierto que para nosotros, “la obra de Machado, tan inseparable de su vida o del contexto ético de la misma, ha venido a ser el punto de articulación de un pasado fragmentariamente conocido con el presente en que la joven inteligencia española hubo de tomar conciencia de sí. Rebasa en tal sentido la influencia de Machado la órbita estrictamente

poética, como el propio Machado se rebasa a sí mismo para prolongarse en la acción moralizadora y educadora, clarividente e irónica de su complementario Juan de Mairena, al que quiso hacer, como él lo fue, poeta y profesor. Pues bien, Machado y Mairena son, al menos en lo que a nuestras letras contemporáneas se refiere, la descendencia más directa que tuvo don Francisco Giner”<sup>7</sup>.

Puede aseverarse además, siguiendo con las reflexiones de Valente, que esa vinculación a la filosofía institucionista no fue accesoria o accidental. “Giner fue para Machado la forma practicable, proporcionada del ideal. La figura ideal del maestro o del hombre que él encarna en Giner tiene el valor inmediato y transmisible de una medida o de una norma. El humanismo de Machado es en sustancia última el humanismo de Giner. Hacia mediados de 1910, dirigiéndose a los niños del instituto soriano en que profesaba la cátedra de francés, les transmite Machado su canon humanístico en estos dos consejos sustanciales: ‘Estimad a los hombres por lo que son, no por lo que parecen’. ‘Desconfiad de todo lo aparatoso y solemne, que suele estar vacío’. Apenas cinco años después, y ya desde el instituto de Baeza, ha de escribir para el periódico local *Idea Nueva* la nota necrológica sobre el maestro desaparecido. En ella las dos reglas de oro de su plática a los niños sorianos se personalizan para ser asignadas naturalmente al que fue detentador original de ambas. ‘Desdeñaba don Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña siempre a las cosas del espíritu y acaba siempre por ahogarlas (...) Convencido de ser desdeñaba aparentar”<sup>8</sup>.

Ahí radica lo que para él es lo esencial en su trato con las personas y las cosas, la voluntad de ser uno mismo, de ser auténtico por encima de la incitación social a competir con los demás, a recelar y desconfiar de ellos o a actuar buscando ante todo el reconocimiento o la gloria. He aquí lo que podríamos llamar, si se nos permite la crudeza de la expresión, el talante profundamente anti-hobbesiano de Antonio Machado, aquello que más le aleja del comportamiento social al uso y que más le acerca a un ideal socrático de vida, a ser “... en el buen sentido de la palabra, bueno”. De esa forma llega Machado a ponernos frente a frente con lo esencial de la condición humana. “Lo específico humano es, pues, ese imperativo moral, ese

‘deber ser’ que trasciende lo que se es genéricamente. Machado ha insistido tanto más sobre ese mandamiento cuanto que temía que se eclipsara en las contiendas ideológicas de su tiempo, presididas en España por la teoría orteguiana del hombre-masa y la interpretación aristocrática de la cultura asociada a ella. Diríase que frente a la tesis de Ortega quería el poeta afirmar lo que pudiera llamarse paradójicamente un ‘individualismo universal’, de traza romántica, pero cuya expresión más inmediata la encontraba Machado en las dos corrientes de pensamiento que más influyen en su temprana formación espiritual: Francisco Giner y Miguel de Unamuno”<sup>9</sup>.

Por todo ello, la biografía de Antonio Machado, como las de Francisco Giner, Miguel de Unamuno o Joaquín Costa, es un verdadero contraejemplo de ese intelectual-tipo que se prodigaba en la España de finales del siglo XIX y principios del XX y que, a juicio de Luis Araquistáin, se caracterizaba por un profundo egoísmo, unido a la cortedad de sus miras pequeño-burguesas<sup>10</sup>. Por el contrario, la trayectoria vital de Machado representa la muestra viva del constante buen hacer de un intelectual y artista que quiere construir una obra para su pueblo y no para una elite selecta, y pretende prestar su voz a quienes de otra forma no podrían hacerse oír.

A pesar de ello, no es fácil ubicar el pensamiento de Antonio Machado entre las corrientes ideológicas predominantes en Europa durante su período de formación. En efecto, es común considerar que “los dos grandes movimientos políticos de liberación del siglo XIX fueron, como nos dicen todos los libros de historia, el individualismo humanitario y el nacionalismo romántico. Independientemente de sus diferencias –y éstas eran tan notoriamente profundas como para conducir a una clara divergencia y un choque definitivo de estos dos ideales– tenían algo en común: creían que los problemas de los individuos y de las sociedades podrían resolverse si las fuerzas de la inteligencia y la virtud prevalecían sobre la ignorancia y la maldad”<sup>11</sup>.

Como tendremos ocasión de comprobar, el pensamiento de Antonio Machado tan sólo de una forma tangencial roza el contexto ideológico que con las palabras de I. Berlín acabamos de definir. Hay en la obra de este creador elementos característicos del individualismo humanitario, como también los hay de un nacionalismo, hasta cierto punto romántico, que se manifiesta en un hondo pesar por la situación de España, aunque no pueda identificarse al autor de *Campos de Castilla* con ninguna de esas

dos direcciones ideológicas que sumariamente hemos reseñado. Además de ello, puede afirmarse que Machado es un caso, hasta cierto punto excepcional, de integración de unos elementos que casi siempre aparecen en radical oposición. Más definitoria de su manera de pensar, como también de su vinculación a las ideas institucionalistas, es la confianza en las fuerzas de la inteligencia, pues siempre se mostró proclive a aceptar que la razón acabaría imponiéndose en una realidad social como la española de su época, a la que, como tantos otros intelectuales del momento, consideraba profundamente irracional.

La sociedad española, en el período en el que a Machado le tocó vivir, se encontraba fragmentada entre una reducida elite que había patrimonializado la estructura estatal y una gran masa de población que, sumida en la pobreza, la ignorancia y la frustración, se desentendía de todo cuanto tuviera algo que ver con el Estado. De ahí la enorme importancia que adquirieron ante una parte de la sociedad española, la más favorable a la modernización del país, aquellos pocos que, como Giner, Costa o Unamuno, alzaron su voz para denunciar ese estado de cosas, de aquellos que, sobre todo a partir del *desastre* del 98, quisieron impulsar la *regeneración* de un país al que en muchos aspectos se podía considerar al borde de la extenuación.

No existía en aquella España una opinión pública formada, que presionara al poder político e impusiera cierta contención a las peores inclinaciones de los dirigentes. Como años después recalcaría M. Azaña “lo que deploramos nosotros ahora es la ignorancia popular, de la que es consecuencia inevitable esta atonía y flojedad de la opinión, reflejo de la conciencia colectiva, porque los hombres ignorantes, desconocedores de sus derechos, de sus intereses y de los medios de acción que para hacerlos valer les conceden las leyes, destruyen en su origen la posibilidad de constituir y organizar una nación”<sup>12</sup>.

En este sentido, la labor de todos los intelectuales que estuvieron de alguna manera ligados a la *Institución Libre de Enseñanza* fue, como nunca se cansó de repetir su fundador F. Giner de los Ríos, no tanto la de realizar una oferta educativa más, sino más bien la formación de una elite intelectual competente y concienciada de los problemas generales<sup>13</sup>, que empezara a poner remedio a la crónica endebles de la sociedad civil en España. Mención

detallada merece, a este respecto, el punto de vista de Joaquín Costa, quien compartía con todos ellos esa inquietud aunque, y tal vez en ello su origen social y su lugar de nacimiento tuvieran mucho que ver, jamás olvidó considerar que las reformas intelectuales tenían que ser acompañadas, y en la mayoría de las ocasiones precedidas, por otro tipo de reformas dirigidas a mejorar la estructura productiva del país. En consecuencia, fue una constante en su pensamiento esta tesis: “las reformas sociales son una condición necesaria para implantar con éxito las reformas políticas, y por tanto, que deben precederlas”<sup>14</sup>. Siempre se mostró convencido de que un mayor interés del pueblo por los asuntos de la política y una más efectiva participación de éste en las cuestiones públicas, no eran aspectos meramente legislativos que se resolvieran otorgando derechos a los ciudadanos, sino que constituían problemas de hondo calado sociológico para cuya solución era imprescindible la mejora de las condiciones de vida de ese mismo pueblo<sup>15</sup>.

Aun así, la actitud de quienes se vincularon al movimiento regeneracionista huyó siempre del radicalismo estéril, buscando soluciones a la crítica situación española desde una perspectiva que hoy podríamos calificar de posibilista. Como afirmara Giner de los Ríos, “en presencia de esta crisis, hay que proceder a un tiempo con tesón y con humanidad; curando la llaga sin contemplaciones, pero con amor y misericordia hacia el enfermo, atenuando hasta el último límite sus dolores y soportando sus imprecaciones con indulgencia infinita”<sup>16</sup>. Y si esto último era válido para llevar adelante las reformas que se pretendían realizar en el terreno educativo, aún lo era más para conseguir la puesta en marcha de otras en el ámbito estrictamente económico.

Pero el gran problema con el que Costa y sus correligionarios chocaron siempre fue el de la falta de una organización política capaz de hacer de valedora del necesario programa de reformas. A este respecto, Giner de los Ríos había efectuado ya un diagnóstico acertado de la situación en el ámbito de los partidos políticos, que culminaba con una profunda crítica al Partido Liberal, el único que, a priori, podría aparecer como valedor de sus proyectos reformistas. Leamos las reflexiones de Giner:

Entre nosotros, por ejemplo, sería bastante difícil averiguar el criterio concreto de esos partidos (en conjunto, como tales partidos) sobre problemas como el de la miseria económica, intelectual, moral, estética, de todos géneros, de nuestras cla-

ses populares, más sufridas que en otras partes por su mismo mayor atraso: el de la educación nacional, la real y verdadera, no la que sirve de pretexto para los concursos de retórica en la comedia parlamentaria; el de la agricultura, cuya voz llevan los usureros y los señoritos que se despluman en el casino rural; el de la política religiosa en la crisis presente, con sus infinitas cuestiones que alcanzan a todos los órdenes de la vida, desde la casa a la Universidad; el de la protección enérgica a la infancia abandonada en el muladar de la calle, seminario del presidio; el de la condición de la mujer dentro y fuera de la familia: divorcio, profesiones, prostitución, sufragio; el de la transformación de la lucha social contra el delito y para rehacer en el criminal la persona; el de la administración de justicia, de la cual huye amedrentado todo hombre sensato, en lo civil como en lo criminal; el del pauperismo de los empleados y aun de las mal llamadas profesiones 'liberales' de que está saturado el mercado; el de la servidumbre (que no servicio) militar, en que, a lo sumo, no ven otro mal que la redención a metálico ni otra reforma que extendernos a todos el yugo; el de la vida local, escuela primaria de toda vida pública, y aquí podrida, envilecida y arruinada por la estafa y por el caciquismo...<sup>17</sup>.

Estas conclusiones eran compartidas por Joaquín Costa, quien se mostró proclive a construir un nuevo partido político, de ámbito nacional, a partir del embrión constituido por la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Sin embargo, como es bien sabido, Costa fracasó en este empeño<sup>18</sup>. Él era consciente de que existía un desfase entre la realidad dibujada en las leyes del país —que por su profesión conocía perfectamente— y la situación real del mismo, que dejaba traslucir el imperio de una estructura caciquil, de la que no estaban en absoluto al margen los partidos políticos establecidos. Quizá por ello su empeño de crear una organización de nuevo cuño haya de entenderse como expresión de ese conocimiento, así como de la conciencia de la necesidad de un instrumento político libre de las corruptelas que hipotecaban la acción de los grandes grupos de poder. A su juicio, “en Inglaterra y Bélgica, a la antigua soberanía de los reyes ha sustituido de hecho, dicen todos los tratadistas, la soberanía del pueblo: en España, no. ¿Qué es, pues, lo que la ha sustituido aquí, si es que la ha sustituido algo? Monarquía, partidos, Constitución, Administración, Cortes son puro papel pintado con paisajes de sistema parlamentario, dice Macías Picavea; a un *estado de derecho* regular y perfecto, agrega Silvela, se opone en España un *estado de hecho* que lo hace de todo en todo ilusorio, resultado que tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido según ley y orden jurídico:

¿cuál es, pues, la Constitución real de nuestro país? No nos gobierna el rey; no se gobierna a sí propia la Nación; o de otro modo, la forma de gobierno no es la monarquía pura, según dicen los historiadores que fue, ni la monarquía constitucional, según dice el Almanaque de Gotha que es: ¿cuál es, pues, dejándonos de ficciones, la forma de gobierno de España?”<sup>19</sup>. La respuesta que Costa daba a esta interrogante no podía ser otra que ésta: el caciquismo.

Tuñón de Lara nos ha proporcionado una descripción de aquél estado de cosas que, para cualquiera que trabe conocimiento con él justificará sobradamente las amargas críticas de Joaquín Costa que hace un momento hemos tenido ocasión de leer. Nos dice Tuñón:

“Todavía en 1886 no había más que el 2.1 por 100 de la población que poseyese derechos electorales. La ley de sufragio universal de 1890 había sido votada con el propósito de no respetarla (y aunque se hubiese respetado las zonas y distritos rurales, necesitaban, de hecho, menos votos por diputado que las urbanas). Creo ocioso detenernos, una vez más, en detalles sobre un hecho incontrovertible: las palancas de mando del país se hallaban en manos de unas cuantas decenas de familias, cada cual con su ‘clientela’ política y económica proyectada en jerarquía piramidal<sup>20</sup>.

Sorprende, no obstante, que un diagnóstico tan dramático no produjera una mayor radicalización política en un hombre como Joaquín Costa. Como nos dice el mismo Tuñón de Lara, su posición, a este respecto, es diferente de la de otros intelectuales de su época, crecientemente desencantados y radicalizados en sus actitudes. En este sentido, la comparación con Unamuno puede ser muy ilustrativa. Sobre todo, porque puede decirse que entre ambas posiciones –la de Costa y la de Unamuno– es posible situar el talante político de Machado. Así, “lo curioso es que Costa parece estar siempre ‘dentro del sistema’, propugnando su ‘revolución desde arriba’, mientras que Unamuno, en aquel tiempo, está siempre *fuera del sistema*”<sup>21</sup>. En mi opinión esta actitud hasta cierto punto moderada obedece, no a un supuesto talante pusilánime por parte de Costa, sino a un más profundo conocimiento de la realidad social y económica del país. Por sus orígenes, su profesión y su compromiso, Joaquín Costa no perdió jamás el contacto con la realidad viva del país, siendo las virtudes y defectos que

él detectaba en esa realidad los mayores acicates con los que contaba su pensamiento.

Es indudable que existe un cierto paralelismo entre el diagnóstico de la situación del país, que acabamos de conocer a través de la afilada pluma de Costa, y el que Antonio Machado pone de manifiesto a través de sus actitudes y sus textos. La propia moderación de la actitud, el humanismo y el pacifismo machadianos tienen también una indudable impronta institucionista. Aunque él, como poeta, construye su obra desde el sentimiento, tratando de poner en verso la emoción que le producen las cosas. Es, por tanto, inútil que busquemos en sus textos lo que hallaremos con claridad expuesto en los ensayos históricos, filosóficos o políticos de la época. Por su trayectoria poética y vital, tenemos indicios suficientes para saber cuál fue su ideario político y que factores determinaron su “sentimentalidad”, pero no busquemos la definición o el concepto, propios de la ciencia, en un lenguaje que quiere ser expresión de un modo de sentir más que de un modo de razonar. Es más, “porque no existe perfecta conmensurabilidad –dirá su alter ego Juan de Mairena– entre el sentir y el hablar, el poeta ha acudido siempre a formas indirectas de expresión, que pretenden ser las que directamente expresen lo inefable. Es la manera más sencilla, más recta y más inmediata de rendir lo intuido en cada momento psíquico, lo que el poeta busca, porque todo lo demás tiene formas adecuadas de expresión en el lenguaje conceptual”<sup>22</sup>.

## 2. UN IDEARIO QUE LATE EN SUS VERSOS

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;

MACHADO, A.: RETRATO. *Campos de Castilla*.

A pesar de las diferencias que a partir de ahora se irán enunciando, como decíamos, no sólo la ideología social y política, sino también la estética institucionista están latentes en los versos de Machado. A ella responde en cierto modo su impulso primordial, que es unir su voz al caudal de la lengua en la que se expresa el ser y la memoria de su pueblo. No olvidemos que, “muy dentro de la tradición de los románticos alemanes –y

recuérdese que Krause figura a su manera entre ellos— Giner miraba como tarea primordial la de intentar por medio de la educación ‘hacer pueblo’, coadyuvando a elevar a la categoría de tal lo que de lo contrario quedaría reducido a lo que en carta a Clarín llamaba una ‘primera materia, rústica y embrutecida y salvaje’<sup>23</sup>.

Antonio Machado se irá alejando progresivamente del elitismo implícito en esta manera de entender la educación y su relación con lo popular, aunque no de los aportes definitivos de la institución, en aras de la valoración de lo sencillo y espontáneo, profundizando al mismo tiempo en la visión espiritualizada de la Naturaleza característica de los institucionistas<sup>24</sup>. Influidos sin duda por la labor que como folkloristas desarrollaron su padre y su tío Don Agustín Durán, su concepción de la cultura popular le conducirá hacia un humanismo que toma al pueblo como es, huyendo de todo paternalismo elitista. Por lo demás, como ya se ha apuntado, “Machado, como Unamuno, se aferra a la idea de que una lengua es ya de por sí una manera de ver, entender y explicar el mundo, es decir, que es ya de por sí una metafísica y una poesía virtuales, y si se quiere, claro está, una religión y una moral. Todas estas actividades del espíritu, en apariencia distintas, laten indiferenciadas en el hondón de la ‘sabiduría popular’<sup>25</sup>.

De ahí su alejamiento del esteticismo simbolista del que dábamos cuenta al inicio de estas páginas, así como sus reiteradas críticas a todo lo artificioso y barroco<sup>26</sup>. Sin estridencias ni pretenciosidad, parece como si pronto hubiera sido consciente Machado de que, como ha afirmado María Zambrano, “la palabra del poeta ha sido siempre necesaria a un pueblo para reconocerse y llevar con íntegra confianza su destino difícil, cuando la palabra del poeta, en efecto, nombra ese destino, lo alude y lo testifica, cuando le da, en suma, un nombre. Es la mejor unidad de la poesía con la acción o como se dice con la política, la mejor y tal vez la única forma en que la poesía puede colaborar en la lucha gigantesca de un pueblo”<sup>27</sup>. Así, más que de ningún referente cultural al uso, extraído del ambiente académico o del contacto con los libros, es de oír sin prejuicios la voz del pueblo de donde extrae Machado lo mejor de su inspiración. Y lejos de dar pie a la exaltación de lo castizo, su poesía avanza por los derroteros de la crítica social a medida que Machado, hombre hondo y viajero siempre atento a lo que ve y lo que oye, profundiza en el conocimiento de la realidad española. Porque —recojamos otra vez las palabras

de María Zambrano–, “para Machado la poesía es cosa de conciencia. Cosa de conciencia, esto es, de razón, de moral, de ley”<sup>28</sup>.

En la España de aquellos años, la burguesía se mostró incapaz de cuajar un programa de reformas similar al que años atrás habían impulsado los grupos sociales emergentes en los demás estados europeos. Es más, dejando al margen una pequeña elite burguesa que vivía en interesada armonía con la vieja aristocracia, una de las características de la España de la época era precisamente el débil desarrollo de las clases medias y su situación inarticulada desde el punto de vista político. Eso no era óbice para que en ciertas zonas del país, como en Cataluña y el País Vasco, pudiéramos encontrar a una pequeña burguesía activa, comprometida en buena medida con las actitudes políticas nacionalistas, que desde su perspectiva eran las más favorables a sus intereses. En esta línea, Gerald Brennan ha señalado que las fuerzas centrífugas que conllevaban los movimientos regionalistas y nacionalistas, obedecían en la España de la época al profundo descontento de los grupos sociales burgueses por la falta de correlación existente entre su importancia económica y su limitado peso en la vida cultural y política del país<sup>29</sup>.

En las demás regiones españolas, se echaba en falta la existencia de un movimiento que animase a estas capas sociales, otorgándoles el protagonismo que en justicia les correspondía al tener en sus manos buena parte de las potencialidades de desarrollo económico del país. Esta parece ser una de las convicciones íntimas que animaron la labor del institucionista Joaquín Costa, labor frustrada, en buena medida, al no conseguir la puesta en marcha de un partido que lograra la adecuada expresión política para las clases medias. Cuando se habla de la propensión de Costa a realizar una “revolución desde arriba”, habría que tener en cuenta esta última circunstancia a la que acabamos de referirnos, ya que, asumido tal presupuesto, el objetivo de Costa podría más bien describirse como una transformación de la sociedad española, desde el centro mismo de su capacidad modernizadora y productiva. Centro que, sociológicamente hablando, estaba en esas capas medias a las que Costa prestó una atención preferente.

Frente a este programa, Machado, desencantado y reticente ante la inoperante y mezquina burguesía española, se decantó siempre por apoyar las energías transformadoras que tenían su origen en el pueblo mismo,

en esa que llegaría a llamar "... estirpe redentora/ que muele el fruto de los olivares,/ y ayuna y labra, y siembra y llora!"<sup>30</sup>.

Tendríamos que referirnos, por otro lado, a la situación de desconfianza mutua entre los poderes fácticos y entre éstos y el pueblo, así como a la creciente crispación que vive la sociedad española desde la revolución de 1868 hasta el final del régimen de la Restauración. Para Gerald Brenan, el resultado más palpable de ello es, como ya hemos dicho, un proceso de desgajamiento íntimo y de desintegración progresiva de los elementos que constituían la España tradicional. Sin embargo, en paralelo a este proceso destructivo puede distinguirse otro, por medio del cual surgirán los cimientos intelectuales y morales de una nueva España, de una España que, como sabemos de sobra, no pudo ser<sup>31</sup>.

Para sentar dichas bases se hacía imperioso comenzar una ardua tarea de demoliciones. En efecto, toda una serie de instrumentos de poder debían ser echados a tierra, para poner en su lugar los elementos nuevos que hicieran posible el despliegue de las potencialidades que el país escondía. Las restantes naciones europeas se habían librado ya de una sucesión de trabas históricas y parecían caminar hacia el horizonte futuro sin mayores contratiempos. España, por el contrario necesitaba erradicar esas mismas trabas, en particular la indolencia y el hastío de esa clase dominante, que Machado personifica en la figura atildada y vacua del "señorito". Esa figura sólo podía darse en un país cuyo sistema político estuviese dominado por la cortedad de miras de la clase dirigente y los hábitos caciquiles mediante los que ésta instrumentalizaba el funcionamiento de la estructura política<sup>32</sup>.

Son estas mismas consideraciones las que habían llevado a Joaquín Costa, a estimar que ese país del que habla a diario el Boletín Oficial del Estado, no es sino una entelequia que no posee el menor atisbo de existencia real. El país que existe en realidad, la España de verdad, es un territorio en el que gobiernan la inoperancia, la miseria y el mejor aliado de ambas, el caciquismo. "En conclusión: no es la forma de gobierno en España la misma que impera en Europa, aunque un día lo haya pretendido la *Gaceta*; nuestro atraso en este respecto no es menor que en ciencia y cultura, que en industria, que en agricultura, que en milicia, que en administración pública. No es (...), nuestra forma de gobierno un *régimen parlamentario*, viciado por corruptelas y abusos, según es uso entender, sino, al

contrario, un *régimen oligárquico, servido*, que no moderado por instituciones aparentemente parlamentarias”<sup>33</sup>.

De ahí la insistencia de Joaquín Costa en no hacer ninguna propuesta de transformación de la realidad, sin tomar como punto de partida un diagnóstico fiable de la situación efectiva de la que se parte. En lugar de tomar como punto de partida ese conjunto de abstracciones y buenos deseos que podíamos encontrar en la Constitución entonces vigente. Miremos hacia lo concreto, veamos cómo hasta la institución parlamentaria, que en otras partes simboliza el libre juego democrático de las distintas tendencias políticas, está viciada en extremo en España, lastrada por el increíble peso de un orden real que sólo se acomoda al poder del dinero y al reparto de prebendas. Para él, “definir España de este modo, por lo que es y no por las engañosas ficciones de la *Gaceta*, ofrece una doble ventaja.

Nos enseña, en primer lugar, que el problema de la libertad, que el problema de la reforma política no es el problema ordinario de un régimen ya existente, falseado en la práctica, pero susceptible de sanearse con depurativos igualmente ordinarios, sino que es de hecho, y positivamente, todo un problema constitucional, de cambio de forma de gobierno; que se trata nada menos que de una revisión del movimiento revolucionario de 1868, y, más aún, de la revolución misma de todo el siglo XIX, respuesta al estado de problema.

Nos enseña, en segundo lugar, que mientras esa revolución no se haga, que mientras soportemos la actual forma de gobierno, será inútil que tomemos las leyes en serio, buscando en ellas garantías o defensa para el derecho”<sup>34</sup>.

No es difícil escuchar, sobre todo a partir de la época de Baeza, en los versos de Machado el latir de estas ideas. Su misma relación de desapego hacia la política de partido, a la que opone en persistente correspondencia una preocupación profunda por lo político, serían ininteligibles sin un diagnóstico de la realidad española que tiene muchos puntos de contacto con el realizado por Joaquín Costa. La que se ha considerado como primera etapa en la crítica social de Machado, marcada por *Campos de Castilla*, culmina con la exaltación del hombre austero y del paisaje de Castilla como arquetipos de lo español, como encarnación del alma española. La crítica social tiene entonces un trasfondo esencialmente moral, tal como

puede apreciarse en el romance “La tierra de Alvargonzález”<sup>35</sup>. Una radicalización y profundización de esa crítica se produce a partir de su retorno a Andalucía, al establecerse como profesor en Baeza. La ambivalente lectura que del paisaje y el paisanaje castellanos había hecho hasta entonces Machado, como los demás intelectuales del 98, desemboca ahora en una toma de postura más clara, que dará lugar a una expresión más resuelta a la hora de objetivar los factores que inciden sobre los profundos males del país. En este sentido, puede concluirse con Cerezo Galán que “la vuelta a Andalucía, en contacto con una sociedad donde las diferencias sociales son más estridentes, ha puesto a Machado en condiciones de superar la ambigüedad típica del 98”<sup>36</sup>.

Toda una nueva tipología humana —el hombre de casino, el campesino reducido a la extrema pobreza, etc.—, permitirá a Machado construir unos textos a través de los que nos ofrece una descarnada visión de España. La indolencia con la que las clases ociosas asisten impasibles a las penurias del pueblo, lleva al poeta hacia un nivel de compromiso y de radicalidad desconocidos hasta entonces. Pero también siembra en su alma una esperanza:

Mas otra España nace,/ la España del cincel y de la maza,/ con esa eterna juventud que se hace/ del pasado macizo de la raza./ Una España implacable y redentora,/ España que alborea/ con un hacha en la mano vengadora,/ España de la rabia y de la idea<sup>37</sup>.

### 3 EMOTIVIDAD Y REALIDAD.

El quehacer machadiano se bate continuamente con la que es la tarea poética primordial: expresar con palabras las emociones que surgen y desgarran la mecánica linealidad del tiempo. A guisa de conclusión, expondré con brevedad las formas de la emotividad machadiana a través de las que la mencionada tarea se articula en su obra. Lo haré de forma esquemática por medio de los cinco epígrafes siguientes:

- a) La emoción de la Naturaleza y los saberes que las aguas, que corren o las hojas movidas por el aire, nos susurran a quienes nos detenemos a oírlas:

Las más hondas palabras/ del sabio nos enseñan/ lo que el silbar  
del viento cuando sopla/ o el sonar de las aguas cuando ruedan<sup>38</sup>.

Es preciso, en efecto, aprender a oír a la Naturaleza, cosa cada vez más difícil en un tiempo de agitación y violencia como el nuestro. En los mensajes de una Naturaleza de la que hemos olvidado que somos parte está, según Machado, la más excelsa sabiduría.

- b) La emoción que le lleva a abrazar la causa de los humildes, no sólo de aquellos que no alcanzan a poseer lo necesario para vivir, sino también aquellos otros que son marginados por una sociedad dominada por la mezquindad y la estrechez de miras. Claro ejemplo de ello lo encontramos en poemas como “Un loco”:

No fue por una trágica amargura/ esta alma errante desgajada y  
rota;/ purga un pecado ajeno: la cordura,/ la terrible cordura del  
idiota<sup>39</sup>.

- c) La emoción de la esperanza. Machado es el poeta de la esperanza. Recordemos, como una de tantas posibles ilustraciones de esta idea a través de sus composiciones poéticas cómo, en el romance “La tierra de Alvargonzález”, a diferencia de lo que ocurre en el relato en prosa, que acaba con el asesinato del hermano menor por parte de los otros dos, que ya habían asesinado al padre, Machado salva al hermano pequeño –el indiano–, con lo que lanza un claro mensaje de esperanza. Realza así también el aspecto moral y limita el sentido trágico que domina el relato en prosa, que es anterior al texto poético<sup>40</sup>. Todo esto se expresa con claridad en la estrofa siguiente:

En la tierra en que ha nacido/ supo afincar el indiano;/ por  
mujer a una doncella/ rica y hermosa ha tomado./ La hacienda  
de Alvargonzález/ ya es suya, que sus hermanos/ todo le ven-  
dieron: casa,/ huerto, colmenar y campo<sup>41</sup>.

- d) La emoción de la trascendencia y la libertad:

¿Para qué llamar caminos/ a los surcos del azar?.../ Todo el que  
camina anda,/ como Jesús, sobre el mar<sup>42</sup>.

La idea de libertad aparece, en efecto, en Machado ligada a una cierta forma de expresar la trascendencia y de indagar en nuestra relación personal y profunda con la misma. Late aquí, como siempre de forma tranquila, sin brusquedad ni violencia, el eco del antidogmatismo machadiano. Como también, por lo demás, una profunda relación con Jesús que coexiste con la insalvable distancia que separa al poeta de la religiosidad oficial y de la Iglesia. En ello puede verse una vez más la persistencia en su obra de la antítesis Libertad-Opresión: Jesús como voz de libertad, frente a la Iglesia, forma de poder y por tanto mecanismo de opresión.

- e) Destacaré, por último, la importancia decisiva de la emoción y el vértigo del tiempo. Como el propio Machado nos dice, “todos los medios de que se vale el poeta: cantidad, medida, acentuación, pausas, rima, las imágenes mismas, por su enunciación en serie, son medios temporales. La temporalidad necesaria para que una estrofa tenga acusada la intención poética está al alcance de todo el mundo; se aprende en las más elementales Preceptivas. Pero una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, la encontramos en don Jorge Manrique, en el Romancero, en Bécquer, rara vez en nuestros poetas del siglo de oro”<sup>43</sup>.

En este sentido, resulta muy elocuente, y es una muestra más de esa *voluntad de autenticidad* que se expresa a través de esas formas de emotividad de las que he querido dar cuenta, su crítica al barroco español, al que considera conceptualista y antipoético. Contra lo barroco, Machado ha sostenido a lo largo de su vida una constante defensa de la poética tradicional; frente a la retórica, pone Machado el sentimiento. Un sentimiento que lleva finalmente al poeta sevillano a apostar por lo concreto, lo que en su modo de entender las cosas, es hacerlo por el agua y la tierra, por la sangre roja y el sudor noble del trabajo. Tras haber tomado conciencia de ello, que mejor forma de acabar estas páginas que evocando algo que sobre él nos dijo María Zambrano. En efecto, “¿qué sería de nosotros, de todo hombre, si no supiésemos hoy y no nos lo supiesen recordar, el saber último que con sencillez de agua nos susurran al oído las palabras poéticas de Machado?”<sup>44</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA DE PRAT, CR., “¿Hacia la disolución de las culturas de partido en Europa occidental?” rev. “Sistema”, nº 107, marzo de 1992.
- ARAQUISTÁIN, L., *El ocaso de un Régimen*. Madrid, Edit. España, 1930.
- AZAÑA, M. O. C., Vol. I, Ed. Giner, Madrid, 1992.
- BECEIRO, C., “La Tierra de Alvargonzález. Un poema prosificado”, rev. “Clavileño”, nº 41, 1956.
- BERLÍN, I., *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1979), trad. B. Urrutia, J. Bayón y N. Madrid, Salmones, Alianza, 1988.
- BOTTI, A., *Cielo y dinero. El nacional catolicismo en España. 1881-1975*. Madrid, Alianza, 1992.
- BRENAN, G., *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*. Trad. J. Cano Ruiz, Barcelona, Plaza&Janés, 1984.
- CEREZO GALÁN, P., *Palabra en el tiempo*, Gredos, Madrid, 1975.
- COSTA, J., *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, edic. y prólogo de R. Pérez de la Dehesa, Madrid, Alianza, 1973.
- GINER DE LOS RÍOS, F., *La crisis de los partidos liberales* (1898), edit. en *Ensayos*, selec., edic. y prólogo de J. López Morillas, Madrid, Alianza, 1973.
- GINER DE LOS RÍOS, F., *Educación y Enseñanza* (1889). Madrid, Espasa-Calpe, 1933.
- LÓPEZ-MORILLAS, J., *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*, Barcelona, Ariel, 1992.
- MACHADO, A., *Poesías completas*, edic. de M. Alvar, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Costa y Unamuno en la crisis del fin de siglo*, ed. Edicusa, Madrid, 1974.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Madrid, Península, 1967.
- VALENTE, J. A., *Las palabras de la tribu*, Tusquets, Barcelona, 1994.
- ZAMBRANO, M., *Senderos*. Anthropos, Barcelona, 1986.

## NOTAS

- 1 BRENAN, G.: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*, trad. J. Cano Ruiz, Barcelona, Plaza&Janés, 1984 p. 40.
- 2 TUÑÓN DE LARA, M.: *Costa y Unamuno en la crisis del fin de siglo*, Ed. Edicusa. Madrid, 1974 p. 37.
- 3 “a) El regeneracionismo, que abre un proceso a la práctica socio-política de la Restauración y propone una serie de remedios pragmáticos (y con frecuencia casuísticos) al extenso inventario por él hecho de los ‘males de la Patria’. Hay, empero, varios regeneracionismos, y el más trascendente es el catalizado por Costa a través de su Liga de Productores y que, aun fracasada ésta, culmina en la *Información* del Ateneo de Madrid en 1.901.

b) El 'institucionismo', en sus dos sectores, krausista y positivista (a veces conectada con Costa que, a su manera, no deja de ser 'institucionista'). En cierto modo es un regeneracionismo educativo o pedagógico, aunque es justo reconocer que va mucho más lejos.

c) Actitud crítica de algunos escritores consagrados: Galdós, a partir de la tercera serie de los *Episodios Nacionales* acelera su evolución. Clarín, estrecha sus relaciones con el socialismo, aunque sin identificarse con él. Son particularmente dignos de mención sus artículos de 1º de mayo de 1.899 en "La lucha de clases" y en "El Socialista". El publicado en este último (en un número en el que también colaboraban Pí i Margall, Ramiro de Maeztu, Adolfo A. Buyila, Benot, Unamuno, Verdes Montenegro... y Benavente) aunque breve, fue muy comentado. Se titulaba *Afinidades electivas* y en él podía leerse:

‘No somos unos, pero somos afines. Obreros todos, amantes de los explotados, de los humildes, de los pobres, perseguimos el mismo fin, aunque no siempre por los mismos medios.

Existen entre nosotros las *afinidades electivas* de que habló el gran Goethe.

Y opino que los socialistas deben tener más confianza en esta clase de aliados que en los adeptos poco sinceros que de la *burguesía* quieren pasarse a su campo, porque acaso empiezan a sospechar que anuncian sus verdores óptima cosecha’.

d) Un criticismo específico que procede de la burguesía catalana, la de mayor soleira burguesa, pero también la más afectada por la crisis del 98 y sus precedentes (las 'Bases de Manresa' son del 92): Prat de la Riba, Maragall.

e) La expansión del movimiento obrero; aunque adolece de endeblez teórica, se encuentra con las aportaciones de Vera, Iglesias, Morato... en el sector socialista; de Urales, Anselmo Lorenzo, etc..., en el anarquista. Sus publicaciones semanales crecen en importancia y número entre 1.899 y 1.903 (en este último año se convierte en diario "Tierra y Libertad"). Las publicaciones periódicas socialistas tienen, en 1.902, una tirada semanal entre 30 y 35.000 ejemplares.

f) Señalemos, en fin, la postura crítica de los jóvenes escritores, en unos con aspectos francamente radicales, en otros con carácter estetizante. Entre los primeros, los artículos de Martínez Ruíz quien fue expulsado del republicano "El País" por sus artículos contra el matrimonio y la propiedad; también Ramiro de Maeztu y Pío Baroja, menos 'comprometido', pero siempre crítico (...)

Otros están integrados o muy cercanos al socialismo: Verdes Montenegro y, desde luego, Miguel de Unamuno, aunque precisamente su apartamiento del socialismo se inicia en esa fecha durando la situación, intelectualmente ambigua, hasta 1.902". TUÑÓN DE LARA, M.: Ob. Cit. pp. 38-41

- 4 UNAMUNO, M. DE, O. C., Madrid, Afrodísio Aguado-Vergara, 1.964. Ver, por ejemplo los textos "La difusión del socialismo", "Los ricos y el vicio", "Los señoritos viciosos" o "Las fuerzas motrices del movimiento socialista", en los que se apunta una temática retomada una y otra vez por Machado a lo largo de su vida. Vol. IX, pp. 509 y ss.

- 5 TUÑÓN DE LARA, M.: Ob. cit., p. 43.
- 6 BOTTI, A., *Cielo y dinero. El nacional catolicismo en España. 1881-1975*, Madrid, Alianza, 1992. “Mientras tanto, en una serie de artículos que aparecen en la *Revista de España* en 1876, Gumersindo de Azcárate –destacado exponente de la Institución Libre de Enseñanza– ha relanzado la tesis enunciada por Masson de Morvilliers en la Enciclopedia; según ésta, la decadencia española en el plano cultural, filosófico y científico, no es sino la consecuencia del cierre religioso impuesto por la Inquisición. Le responde Marcelino Menéndez Pelayo, en esa época realizando estudios universitarios, que interviniendo varias veces en la “*Revista España*”, enumera la aportación de los españoles en varias disciplinas científicas, desde la filosofía a la botánica, de la filología a la medicina. El rechazo de la tesis de Azcárate, difícilmente hubiera podido ser más rotundo”. pp. 35-6.
- “El ímpetu porfiador, la finalidad apologética y sobre todo la vis polémica, no impiden al santanderino, en el curso del debate, diferenciar las propias posiciones de las de los otros católicos que son partícipes. El P. Fonseca y Pidal miran el tomismo como una meta no superada –e insuperable– del pensamiento filosófico. Sus ojos se vuelven nostálgicos a la Edad Media. Por contra, Menéndez Pelayo es al pensamiento de Luis Vives y a la cultura española del siglo XVI a la que se refiere. Cultura áurea, en su opinión, porque es moderna. Moderna, en virtud de la función histórica desarrollada: la cristianización del Renacimiento europeo en defensa contra la Reforma (obra de los ‘bárbaros alemanes’), al igual que el cristianismo primitivo cristianizó a la antigüedad clásica y que Santo Tomás hizo con Aristóteles”. *Ibid.* p. 36.
- 7 VALENTE, J. A., *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994 pp. 170-1.
- 8 VALENTE, J. A., Ob. cit., p. 172.
- 9 LÓPEZ-MORILLAS, J., *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*. Barcelona, Ariel, 1992, p. 259.
- 10 ARAQUISTÁIN, L.: *El ocaso de un Régimen*, Madrid, Edit. España, 1930, p. 106.
- 11 BERLÍN, I.: *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1.979), trad. B. Urrutia, J. Bayón y N. Salmones, Madrid, Alianza, 1988, p. 70.
- 12 AZAÑA, M., O. C., Vol. I. Madrid, Ed. Giner, 1992, p. 153.
- 13 “*Las clases intelectuales han desertado de su puesto. Necesidad de una ‘élite’*. *El segundo período de la Cruzada* (Epígrafe dentro de *Oligarquía y caciquismo*) “Hace muy poco (10 de mayo de 1901), un periódico democrático, el *Heraldo de Madrid*, echaba de menos en el movimiento de resurrección de España y en la agitación fecunda de las clases trabajadoras, el concurso de los pensadores, de los intelectuales. Comparaba el estado social de nuestro país en el de Rusia, donde está fermentando un espíritu de renovación que promete sacar a aquel pueblo de las tinieblas de la Edad Media en que todavía se halla sumido, y que en Europa se designa ya con el nombre de *aurora de una revolución*. Pero al hacer esa comparación, encontraba una diferencia: que en Rusia colaboran y van unidos con los trabajadores los ele-

mentos intelectuales del Imperio, y en España no. Allí la juventud de las aulas y los pensadores más ilustres van del brazo con los hombres del taller”.

Costa, J., *Oligarquía y caciquismo*. edit. en *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*. edic. y prólogo de R. Pérez de la Dehesa, Madrid, Alianza, 1973. p. 37.

14 COSTA, J., *Colectivismo agrario*. Edit. en *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*. Edic. y prólogo de R. Pérez de la Dehesa, Madrid, Alianza, 1973 p. 57.

15 A propósito de esto, tal vez sea interesante recordar aquí que “el desarrollo económico ha producido efectos no previstos por la teoría política tradicional: se suponía que la *modernización* debería conducir a una mayor participación, pero tal incremento no se ha producido. Así, las condiciones estructurales estarían dadas, pero la tendencia a la despolitización y a la abstención sería intensa”.

AGUILERA DE PRAT, C.R.: “¿Hacia la disolución de las culturas de partido en Europa occidental?” rev. Sistema, nº 107, marzo de 1992 p. 38

16 GINER DE LOS RÍOS, F., *Educación y Enseñanza* (1889), Madrid, Espasa-Calpe.1933, p. 24.

17 GINER DE LOS RÍOS, F., *La crisis de los partidos liberales* (1898). Edit. en *Ensayos*. selec. edic. y prólogo de J. López Morillas. Madrid, Alianza, 1973, p. 200.

18 “La crisis económica de 1890 lo sacó de su retiro para organizar a los labradores de su tierra natal en la Cámara Agrícola del Alto Aragón.

Estos grupos presentaron un programa de reformas económicas sin carácter político, pidiendo “la construcción por el Estado de una red de canales y pantanos, la apertura de mercados para los productos agrícolas de exportación dañados por el nuevo arancel proteccionista, la autonomía administrativa de los municipios, la suspensión de la venta de bienes comunales de los pueblos, mejora de la instrucción y justicia para Cuba y Puerto Rico. Impulsado por el progresivo deterioro de las condiciones económicas y políticas, el movimiento se unió a otros semejantes, llegando a formar la Liga Nacional de Productores, en el año 1899. Unido a su vez con la Asamblea de las Cámaras de Comercio, se formó, en 1900, la Unión Nacional. Este organismo agrupaba los intereses del comercio, de algunos industriales y de los pequeños propietarios perjudicados por la nueva política arancelaria. La Unión Nacional pidió las acostumbradas medidas de moralización de la administración, mejora de la educación y un amplio programa de fomento económico. Evitando convertirse en partido político prefirió presentar un programa mínimo de carácter técnico que pudiera ser aceptado por los Partidos Liberal y Conservador”. PÉREZ DE LA DEHESA, G., “Prólogo” a *Oligarquía y caciquismo*. edit. en COSTA, J.: *Oligarquía y caciquismo*, edic. cit., pp. 8-9.

19 COSTA, J., Ob. Cit. pp. 18-9.

20 TUÑÓN DE LARA, M., *Costa y Unamuno en la crisis del fin de siglo*, Madrid, Ed. Edicusa, 1974, p. 10.

21 *Ibid.*, p. 28.

- 22 MACHADO, A., “El ‘arte poética’ de Juan de Mairena”, en *Cancionero apócrifo. Poesías completas*, edic. de M. Alvar. Madrid, Espasa-Calpe, 1990, p. 361.
- 23 LÓPEZ-MORILLAS, J., Ob. cit., p. 262.
- 24 TUÑÓN DE LARA, M., *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Península, Madrid, 1967.
- 25 LÓPEZ-MORILLAS, J., Ob. cit., p. 265.
- 26 “El desdén palmario con que Machado habla de los poetas culteranos y conceptistas, la discreta aversión con que mira el exuberante metaforismo y la ‘abigarrada imaginería’ de una parte de la poesía joven de su tiempo y, para señalar un caso concreto, el manifiesto desencanto con que vio a Juan Ramón Jiménez, a partir de 1.917, hacer vía hacia una lírica ‘cada vez... más conceptual y... menos intuitiva’ son conclusiones de una tesis según la cual el poeta es quien a veces lleva la voz cantante entre las voces seculares de su lengua y de su raza, pero a veces también funde la propia voz humildemente con ellas para engrosar lo que es al cabo un patrimonio colectivo.” LÓPEZ-MORILLAS, J.: Ob. cit. p. 268.
- 27 ZAMBRANO, M., *Senderos*. Barcelona, Anthropos, 1986 p. 62.
- 28 ZAMBRANO, M., Ob. cit., p. 65.
- 29 BRENNAN, G.: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*, trad. J. Cano Ruiz. Barcelona, Plaza&Janés, 1984, p. 14.
- 30 MACHADO, A., *Poesías de guerra*. LXXVIII S.
- 31 Ibid., p. 40.
- 32 “En Europa desapareció hace ya mucho tiempo: si algún rastro queda aquí o allá, es un mero accidente. En España, no: forma un vasto sistema de gobierno, organizado a modo de una masonería por regiones, por provincias, por cantones y municipios, con sus turnos y sus jerarquías, sin que los llamados ayuntamientos, diputaciones provinciales, alcaldías, gobiernos civiles, audiencias, juzgados, ministerios, sean más que una sombra y como proyección exterior del verdadero Gobierno, que es ese otro subterráneo, instrumento y resultante suya, y no digo que también su editor responsable, porque de las fechorías criminales de unos y de otros no responde nadie. Es como la superposición de dos Estados, uno legal, otro consuetudinario: máquina perfecta el primero, regimentada por leyes admirables, pero que no funciona; dinamismo anárquico el segundo, en que libertad y justicia son privilegio de los malos, donde el hombre recto, como no claudique y se manche, sucumbe”. COSTA, J.: Ob. cit., p. 21.
- 33 Ibid., pp. 25-6.
- 34 Ibid., pp. 26-7.
- 35 CEREZO GALÁN, P., *Palabra en el tiempo*, Gredos, Madrid, 1975 pp. 531 y ss.
- 36 CEREZO-GALÁN, P., Ob. cit. p. 541.
- 37 MACHADO, A., “El mañana efímero”, poema CXXXV. P.C., p. 233.
- 38 MACHADO, A., De *Galerías*, en *Soledades, Galerías y otros poemas*, poema LXXXVII, edic. Cit., p. 145.
- 39 MACHADO, A., “Un loco”, *Campos de Castilla*, poema CVI, edic. cit. p. 163.

- 
- 40 BECEIRO, C., “La Tierra de Alvargonzález. Un poema prosificado”, *Clavileño*, nº 41, 1956 pp. 36-46.
- 41 MACHADO, A., “La tierra de Alvargonzález”, *Campos de Castilla*. poema CXIV, edic. cit. p. 204.
- 42 MACHADO, A., *Proverbios y cantares*. II; CXXXVI, edic. cit. p. 234.
- 43 MACHADO, A., “El ‘arte poética’ de Juan de Mairena”, *Cancionero apócrifo*, edic. cit., pp. 355-6.
- 44 ZAMBRANO, M., *Senderos*, Anthropos, Barcelona, 1986 p. 61.